PAMPLONA

MIS RECUERDOS PERSONALES E HISTÓRICOS Y SUS ALTOS MÉRITOS

ESTOY en Pamplona; que es como decir, estoy en mi pueblo, estoy en mi casa, estoy entre los míos: que bien parece que puede permitirse el lujo de hablar de ese modo quien como yo ha residido cinco años en la capital de Navarra, aunque estos años correspondan a la primavera de la vida y se me hayan escurrido la mayor parte de ellos encerrado en un colegio, y otra parte amarrado a las columnas de un periódico.

Y creo estar en mi pueblo cuando estoy en Pamplona, porque sé todos los rincones de la ciudad, hasta el mismo Redín, en donde después de burlar la vigilancia de pasantes importunos, tantas veces me refugié entre las bombas y morteros a *fumarme* la Psicología, la Geometría, la Física y el Latín, mientras Muguiro se engolfaba en el yo y el no yo, y Tarazona escupía fórmulas trigonométricas, y Moya explicaba sus famosos *meniscos,* y mi respetable Sr. Robles arreaba sus correspondientes lapos, sin exceptuar alguna vez ni a Diestro ni a Reta, que con Ubago eran de lo mejor del grupo.

Y creo estar en mi casa cuando estoy en Pamplona, porque recuerdo todos los escondrijos de la capital, como la escondida biblioteca del Instituto, donde solía escamotear las clases leyendo libracos viejos de historia navarra, y la antigua pastelería del Suizo en Pozo Blanco, y el café del Centro Navarro en la Plaza del Castillo, donde con otros compañeros de internado nos jugábamos, dominó en mano y puro en boca, la cátedra de Agricultura, de Grande de Vargas, y el repaso de Barrau;

hasta que un día memorable, el bueno e inolvidable director D, Francisno nos hizo *capicúa* veinte o treinta veces seguidas a cada uno con la punta de la bota suya en los antípodas del ombligo nuestro.

Y creo estar entrelos míos cuando estoy en Pamplona, porque conozco a una gran parte de los vecinos de la población; es decir, me rectifico: los conocía antes, en tiempos ¡ay! relativamente lejanos. Y aun conozco a algunos habitantes de Pamplona, entre los cuales recuerdo a los Sres. Campión, Mena, Felipe, Sánchez Marco, Martínez de Azagro, Lasantas, Arbizu, Ruiz de Galarreta (D. Felipe), Huarte, Garcilaso, Etayo, Ascarate, Fradúe (aunque no esté en Pamplona), Los-Arcos, Olóriz, Sanz, Goñi Izura, Sagües (D. Teodosio), Roldán, Sánchez (D. Tirso), Iriarte y otros muchos, a los que saludo afectuosamente.

Y en Pamplona veo confundidos recuerdos personales míos con recuerdos históricos.

En las murallas recuerdo las distintas defensas de la plaza contra los moros; contra el destronado Juan de Labrit, en favor de Pepe Botella después del desastre de Vitoria, y el bloqueo del año 1813, puesto por el general D. Carlos de España, con la salida de los franceses sitiados el día 10 de Abril; los proyectos del general francés Casau de desmantelar los muros, y la entrada triunfal de las tropas aliadas en la plaza.

Voy a la Taconera, campo donde estuvieron acampadas las fuerzas invasoras del Duque de Alba antes de apoderarse de la plaza.

Veo la fuente del León que en el bombardeo de Pamplona ocurrido en 1823, cuando entraron en España los hijos de San Luis mandados por el duque de Angulema, fué *acariciada* por la metralla.

Examino de prisa el convento de Recoletas, fundado creo que en 1584, y a San Lorenzo con la capilla de San Fermín, construída en el siglo XVIII en el mismo sitio donde se supone que nació el santo; y aun me parece distinguir en la parte exterior de la iglesia, cerca de la capilla antigua del Patrón de Pamplona, el tonel, el martillo y las tenazas pintados con el nombre del regidor Udarra para representar la cuba donde este pamplonés fué hallado, y el martillo y las tenazas con que los agramonteses quisieron abrir las puertas de la ciudad cuando en 1471 pretendieron sorprender la plaza dominada por los beamonteses las tropas de la princesa gobernadora D.ª Leonor, advertidos aquéllos por el repique de la campana mayor de San Cerni. El magnífico ensanche, cuyos pasos precursores alcancé en la prensa local, reproduce en mi mente la figura simpática de un patriota olvidado.

Miro la renombrada ciudadela construída en 1571 por Felipe II, según parece a imitación de la famosa de Amberes, y prisión de importantes hombres públicos de España.

En el Paseo de Valencia recuerdo la sombra de una mujer que por vez primera eclipsó, aunque fugazmente, la luz de mis ojos de quince años; y sobre todo, me contemplo viniendo del Instituto con un puro que abultaba más que yo, llevando en el bolsillo la calificación recientemente obtenida en los exámenes, y en la fantasía la pueril vanidad de creer que el ancho boulevard era estrecho para mi persona, y que todos me miraban admirados, como diciendo, *paso a ese grande de España tan pequeño;* o lo que vale tanto, *paso a ese Bachiller recién escudillado;* es decir, que el Paseo de Valencia me recuerda uno de los mejores días de mi vida. Inclino mi cabeza delante del Monumento de los Fueros y del Palacio de la Diputación, en cuyo rico y solitario Archivo duermen muchas glorias legítimas y tradiciones de Navarra. Y conste que el sueño no es la muerte, y, que si el que muere no resucita, el que duerme puede despertar. Me descubro ante la cercana basílica de San Ignacio, donde el insigne caudillo de la Casa de Loyola cayó herido en tierra para subir hasta el cielo.

La Plaza del Castillo, llamada así tal vez por la proximidad de aquel castillo viejo sobre cuyos cimientos levantóse la iglesia de San Ignacio, me recuerda la anterior forma de la Plaza del prado de la procesión de predicadores, cercana al convento de Dominicos, donde el día 1.º de Mayo de 1328 se celebraron las famosísimas cortes en favor de los derechos de la corona de Juan II, conforme al fuero navarro, en contra de la ley sálica, que por ser hembra quería excluirla del trono. Y en la misma plaza se verificó en 1374 el ruidoso desafío entre Fillot de Agramont y D. Ramiro Sánchez, señor de Asiain, con asistencia de Carlos II y de la corte.

Al pasar por la calle de Héroes de Estella me acuerdo del antiguo Chapitel o centro de contratación y medición de granos; y en la calle de Mercaderes, frente a la Estafeta, viene a mi memoria la Cruz que allí fué colocada el año 1500 *a honor y reverencia de Nuestro Señor Jesucristo y de la Virgen Maria.*

En la Bajada de San Agustín no puedo resistir a la tentación de entrar en el antiguo y acreditado colegio de Huarte, que me inspira delicados pensamientos; mas lo abandono luego, porque aquella jaula me interesa mucho, pero con los pájaros dentro; y la jaula allí está,

pero los pájaros todos han volado. ¡Loor a colegios como el de Huarte, que tanto bien hacen al país donde ejercen su saludable influencia!

Penetro en la iglesia de San Agustín, donde el Ilmo. Sr. Obispo D. José Oliver me confirmó en la fe de Cristo; y por la calle de Caldería llego a la plazuela de Santa Cecilia, donde aun está la fuente, tal vez restaurada, debida a la iniciativa de Beltrán Doances (a) *Cabezón,* recompensado en 1504 con mil libras por las Cortes de Navarra

Preséntase a mi vista la hermosa fachada de la Catedral, estilo greco-romano, ideada por el gran Ventura Rodríguez en el siglo XVIII y construída bajo la dirección del arquitecto D. Santos Angel de Ochandategui; penetro en el monumental templo admirando sus riquezas artísticas, entre ellas la sillería de Ancheta y el mausoleo de Carlos III, ante el magnífico retablo mayor elevo mi corazón a Dios, ayudado por la impresión religiosa que deja en el alma la arquitectura gótica, y por la luz suave y misteriosa que baja de los altos ventanales y penetra por los preciosos ajimeces. En los hermosos claustros contemplo la Barbazana; beso la verla de la capilla de Santa Cruz, hecha como todos saben con cadenas de la batalla de Las Navas, y dejo mis ojos clavados en la sala Preciosa, donde se reunían las Cortes de Navarra, puertas que de buena gana abriría. No puedo detenerme a admirar todas y cada una de las fechas y grandezas históricas de Pamplona que señalan los autores (a quienes copio generalmente y bajo cuya responsabilidad únicamente hablo) para no hacerme interminable.

Yo recuerdo en el Palacio de los virreyes a los reyes y a los obispos, sus antiguos dueños; la Cámara de Comptos y Casa de la Moneda; la lápida que recuerda el bautismo de los primeros cristianos; en Jai Alai, al juego de pelota de los pamploneses en la calle Nueva durante los siglos XVII y XVIII; en el Teatro Gayarre, al Liceo, fundado en 1840 en el antiguo convento de Carmelitas Descalzas; en la espléndida iluminación de la ciudad y en sus túneles que centellean como soles en días clásicos, al raquítico alumbrado público inaugurado en 1830; en la Plaza de Toros, las corridas celebradas antes en la Plaza del Castillo; y sobre tanto; y tantos recuerdos, dedico uno especialísimo a San Fermín, Patrón de Navarra e hijo de la capital, y a la Virgen del Camino, Reina de Pamplona.

Y quiero reproducir sobre las cenizas y escombros de la Navarrería, escarmiento de los pueblos divididos por la política, sus nuevas calles de Gorriburu, la Era, Euglentina, Mediano, Atabalea, Mugateria, San-

ta Cecilia, Peregrinos, San Martín, Cementerio, Santa María y el Capitolio; las torres de la Población; las murallas del Burgo; las máquinas de guerra que destruían los barrios de la ciudad, y creo ver la gran figura de Carlos III *el Noble,* derribando muros, suprimiendo jurisdicciones, estirpando odios, enseñándonos a levantar los pueblos sobre las ruinas de la mezquindad y egoísmo de los políticos. Aun contemplo en las calles, en los paseos y en las casas de Pamplona, a Reyes y Príncipes como Sancho *el Mayor* y Felipe III *el Noble,* y a Carlos de Viana; a los esclarecidos pamploneses los teólogos y moralistas Padres Esparza y Erice; jurisconsultos como Jeloaga, Ozcoidi, Sagaseta de Ilúrdoz y Monreal; historiadores como el P. Moret; literatos como Idiáquez y Mencos; oradores como el P. Goldáraz; guerreros como Ezpeleta; consultores como el P. Rooledo, y tantos otros hijos insignes que honraron a su pueblo, glorificaron a Navarra y ensalzaron a su raza.

Estos lugares, estos sitios, estos monumentos, son como el cuerpo gallardo destinado a aposentar dignamente a su esencia espiritual, digámoslo así; y estos recuerdos históricos son como el espíritu que flota sobre ese cuerpo; y esos cuerpo y espíritu juntos integran y constituyen la noble, la culta, la hermosa ciudad que aun cuando tenga un cielo más sombrío que el de mi tierra y un horizonte menos dilatado que el de mi modesto pueblo, atrae mi corazón con fuerza irresistible: que no en vano la bondad de los hijos de Pamplona me dió siempre más de lo que yo merecí; y en sus centros aprendí a ensalzar las glorias patrias; y sus aulas formaron mi pobre inteligencia; y en su iglesia de San Agustín recibí el sacramento de la Confirmación; y Dios me dotó de un alma agradecida.

Salve, ciudad venerada; la del cuerpo gentil cuya belleza contemplan embelesados los gigantes que envidiosos se asoman por los cuatro puntos cardinales; la del espíritu cristiano que se eleva a Dios por las agujas de las torres de sus templos, hundidas arriba en las nubes; la soberbia matrona del manto y corona reales que centellean con el esplendente fulgor de su rica pedrería en la oscuridad de las noches españolas, y cuyas sandalias se abrochan con las cintas de plata del Rhuna; archivo de nuestras glorias, custodio de nuestras tradiciones, corazón de los patriotas, alma de los creyentes, baluarte de los héroes, cuna de los mártires, esperanza nuestra, Dios te guarde!

JUAN P. ESTEBAN Y CHAVARRÍA